

Serie Teatro

GRACIAS, BUERO

por
José Ramón Fernández



Comunidad
de Madrid

Gracias, Buero
José Ramón Fernández



**Comunidad
de Madrid**

Créditos



**Comunidad
de Madrid**

Edita:

Consejería de Cultura, Turismo y Deporte de la Comunidad de Madrid

Dirección General de Patrimonio Cultural y Oficina del Español
Subdirección General del Libro

Diseño y maquetación:

Área de Difusión y Publicaciones

Depósito Legal:

M-4473-2025

Fotografía de Basabe. Colección Carlos Buero.

Esta obra fue representada por primera vez el 8 de octubre de 2023 en el patio del Complejo El Águila, con motivo de la exposición *Buero será su obra* celebrada en la Sala de exposiciones de la Biblioteca Regional de la Comunidad de Madrid.

INTERPRETES
(por orden de intervención)

SANTIAGO:
Javier Lago

MÚSICO
Blanca García

ANA
Albanta San Román

UNA PRODUCCIÓN DE ESCÉNATE
para la Subdirección General del Libro
de la Comunidad de Madrid

PRODUCCIÓN: Santiago Pérez Carrera
DIRECCIÓN ESCÉNICA: Ana Carril
VESTUARIO: Yago Valverde
ESCENOGRAFÍA: Álvaro Sobrino

El MÚSICO callejero, con la gorra en el suelo. Toca alguna pieza de El concierto de San Ovidio (Concerto grosso en sol menor VIII de Corelli.)

Sale SANTIAGO, sacando ya el tabaco del bolsillo, una pipa. La está preparando mientras oye lo que toca el músico. Reconoce la pieza y lo dice.

SANTIAGO.- Corelli.

MÚSICO.- Sí.

SANTIAGO.- ¿Te lo han sugerido ellos?

MÚSICO.- ¿Quién?

SANTIAGO.- Los de la exposición.

MÚSICO.- No.

SANTIAGO.- Es la música que suena en una obra de Buero. Es que, ahí dentro, hay una exposición sobre Buero. Antonio Buero Vallejo. Lo conoces.

MÚSICO.- Del colegio. *El tragaluz.*

SANTIAGO.- Muy buena.

Gracias, Buero

MÚSICO.- No sé. Cuando te obligan a leer todo te parece malo.

SANTIAGO.- Eso también lo decía él.

MÚSICO.- ¿Lo conocía?

SANTIAGO.- No. Pero he visto entrevistas que le hicieron. Sabía que para algunos chicos, lo de leer sus obras era casi una condena.

Sale ANA.

ANA.- Claro, cómo no. Fumando a escondidas, como si estuvieras en el colegio.

SANTIAGO.- Es una generación rara la mía. Escondiéndome de mis padres y ahora de mi hija. Esto es un homenaje a don Antonio.

ANA.- Ya.

SANTIAGO.- ¿No has visto sus pipas en la vitrina?

ANA.- Como excusa es pobre.

SANTIAGO.- ¿Ya lo has visto todo?

ANA.- Me faltan cosas.

SANTIAGO.- ¿A ti con qué obra te condenaron?

ANA.- No te entiendo.

SANTIAGO.- Que qué obra te hicieron leer en el instituto.

ANA.- La primera. *Historia de una escalera*.

SANTIAGO.- Esa no es la primera. Es la primera que estrenó. Pero la primera es *En la ardiente oscuridad*. Que es la que a él le interesaba.

ANA.- Pero le dieron un premio.

SANTIAGO.- Sí. Presentó las dos y se lo dieron por la escalera. Y como tuvo un éxito tremendo se pasaron la vida

mencionándosela. Y él llegó a decir que estaba hasta las narices de *Historia de una escalera*.

ANA.- A ver. Si se pasó cincuenta años escribiendo y siempre le mencionaban lo primero que hizo... La otra no la conozco.

SANTIAGO.- Pues la otra, con ser la primera, tiene mucho de lo que escribió después. Oye, no me tires de la lengua que el trabajo lo tienes que hacer tú.

ANA.- Pero estoy deseando que me ilustres con tu sabiduría.

SANTIAGO.- Qué morro tienes.

ANA.- ¿De qué va?

SANTIAGO.- De unos ciegos.

ANA.- Ah, ya. Que los disfrazan para burlarse de ellos.

SANTIAGO.- No, no es esa. Esa tampoco la has leído.

ANA.- Tampoco.

SANTIAGO.- Pues estamos apañados.

ANA.- Pues cuéntamelas.

SANTIAGO.- Así de fácil.

ANA.- Por lo menos, de qué van.

SANTIAGO.- Si me prometes que luego te las leerás. O por lo menos verás los Estudio 1, que están en internet. Los Estudio 1 eran unos programas de televisión que había cuando yo era como tú. Como solo había una cadena, los veía todo el mundo.

ANA.- Sí, eso ya me lo has contado.

SANTIAGO.- Ya, me repito.

ANA.- A los ancianos les pasa mucho. Va, la oscuridad.

SANTIAGO.- *En la ardiente oscuridad.* Pues eso, los límites de la libertad, el no conformarse con el mundo que te ha tocado y querer algo más. La rebeldía. Algo parecido estaba escribiendo Albert Camus en esos años, aunque no sé si Buero pudo leerlo.

Música. Escena de En la ardiente oscuridad.

¹ANA.- ¡Quédate!

SANTIAGO.- ¡Vanidosa!

ANA.- (*Condolida.*) No es vanidad, Ignacio. (Triste.) ¿Quieres que te lo pida de rodillas? (*Breve pausa.*)

SANTIAGO.- (*Muy frío.*) ¿Para qué de rodillas? Dicen que ese gesto causa mucha impresión a los videntes... Pero nosotros no lo vemos. No seas tonta; no hables de cosas que desconoces, no imites a los que viven de verdad. ¡Y ahórrame tu desagradable debilidad, por favor! (*Gran pausa.*) Me quedo.

ANA.- ¡Gracias!

SANTIAGO.- ¿Gracias? Hacéis mal negocio. Porque vosotros sois demasiado pacíficos, demasiado insinceros, demasiados fríos. Pero yo estoy ardiendo por dentro; ardiendo con un fuego terrible, que no me deja vivir y que puede haceros arder a todos... Ardiendo en esto que los videntes llaman oscuridad, y que es horroroso, porque no sabemos lo que es. Yo os voy a traer guerra y no paz.

ANA.- No hables así. Me duele. Lo esencial es que

¹ © Fragmento de *En la ardiente oscuridad*, Herederos de Antonio Buero Vallejo, 2000.

te quedes. Estoy segura de que será bueno para todos.

SANTIAGO.- (*Burlón.*) Torpe... y tonta. Tu optimismo y tu ceguera son iguales... La guerra que me consume os consumirá.

ANA.- (*Nuevamente afligida.*) No, Ignacio. No debes traernos ninguna guerra. ¿No será posible que todos vivamos en paz? No te comprendo bien. ¿Por qué sufres tanto? ¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que quieres? (*Breve pausa.*)

SANTIAGO.- (*Con tremenda energía contenida.*) ¡Ver!

ANA.- (*Se separa de él y queda sobrecogida.*) ¿Qué?

SANTIAGO.- ¡Sí! ¡Ver! Aunque sé que es imposible, ¡ver! Aunque en este deseo se consuma estérilmente mi vida entera, ¡quiero ver! No puedo conformarme. No debemos conformarnos. ¡Y menos, sonreír! Y resignarse con vuestra estúpida alegría de ciegos, ¡nunca! (*Pausa.*) Y aunque no haya ninguna mujer de corazón que sea capaz de acompañarme en mi calvario, marcharé solo, negándome a vivir resignado, ¡porque quiero ver!

ANA.- ¿Por qué dices que no pudo leer a Camus? Eran casi de la misma edad.

SANTIAGO.- Bueno, tal vez sí, cuando salió de la cárcel. Pero no recuerdo haberlo oído en ninguna entrevista, y he visto muchas.

ANA.- Sí, lo de la cárcel lo tengo. Eso lo sabe todo el mundo, por el retrato de Miguel Hernández. Dibujaba de maravilla. Podría haberse dedicado a hacer comics.

SANTIAGO.- Hizo dos años de Bellas Artes, pero llegó la

guerra. Y cuando acabó la guerra consiguió escapar y anduvo clandestino hasta que cogieron presos a todos los de su grupo. Precisamente, su tarea era dibujar. Falsificaba sellos de documentos para poder salvar a camaradas, los dibujaba a mano.

ANA.- ¿Y tú por qué sabes tanto?

SANTIAGO.- Por culpa de tu abuelo. Anda, entra y termina tus deberes.

ANA.- Mis deberes. Anda que...

ANA sale. SANTIAGO abre su móvil y marca un número.

SANTIAGO.- ¿Papa? Sí, mucho calor. Luego, más tarde, paso por casa y salimos un rato al parque, pero ahora es temprano todavía. No, no tengo que estudiar... ¿A que no sabes dónde estoy? En la fábrica de cervezas de El Águila. Sí. Donde estaba el terraplén y venías con la abuela a ver los trenes. No. Ahora es la Biblioteca Regional de la Comunidad de Madrid. Nada, que hay una exposición de Buero Vallejo. Te acuerdas de Las meninas. Sí, quinientas representaciones. Carlos Lemos. Y Victorita, la mujer de Buero, que era muy guapa. Sí. No. No salgas que hace calor. Espera que voy yo más tarde y salimos al parque un rato.

SANTIAGO cierra el móvil y habla con su padre, que ya no le puede oír.

SANTIAGO.- Ya no te acuerdas de la noche de mi cumpleaños, del 27 de junio. Me dijiste que a los catorce años ya era hora de que supiera quién era Buero Vallejo. Y me quedé contigo a ver la tele. El Estudio 1. *Las Meninas*. José María Rodero como Velázquez. Me contaste que el actor que hacía de mendigo había sido amigo de García Lorca. Mejuto. Y me enamoré de Inma de Santis, que hacía la infantita.

Entra ANA como la infanta María Teresa. SANTIAGO,

como Velázquez, se inclina profundamente.

²SANTIAGO.- Alteza

ANA.- (*Sonríe, con un dedo en los labios.*) ¡Chist!
Me he vuelto a escapar de la etiqueta.

SANTIAGO.- Vuestra alteza es muy bondadosa prefiriendo platicar con un pobre pintor.

ANA.- Sois muy modesto. ¿Cuándo empezáis el cuadro grande, don Diego?

SANTIAGO.- Cuando su majestad dé su venia.

ANA.- ¡Sabéis que ya se habla mucho de él?

SANTIAGO.- Lo presumía, alteza.

ANA.- (*Señala el boceto.*) ¿Decís que esta seré yo?

SANTIAGO.- Su majestad indicó que, de pintarse el cuadro, vuestra alteza debiera figurar en lugar de doña Isabel de Velasco.

ANA.- ¿Y lo haréis?

SANTIAGO.- Si a vuestra alteza le place....

ANA.- Me place. (*Va al caballete y toma la paleta y los pinceles. Ríe.*) ¿Me dejáis?

SANTIAGO.- Por supuesto, alteza.

ANA.- (*Da una pincelada.*) ¿Se hace así?

SANTIAGO.- Puede hacerse así.

ANA.- (*Mira a Velázquez y deja la paleta.*) ¿Sois mi amigo, don Diego?

SANTIAGO.- Soy vuestro más leal servidor.

ANA.- Dejaos de cumplidos. Estamos solos.

SANTIAGO.- Aun así, yo no puedo...

ANA.- Ya lo creo que podéis, o ¿no os acordáis?

SANTIAGO.- ¿Acordarme?

ANA.- Yo sí me acuerdo. Creo que tendría unos seis años. ¿Lo recordáis vos?

SANTIAGO.- (*Asombrado.*) Alteza...

ANA.- Me dejaron un momento sola con vos. Y me tomasteis en brazos.

SANTIAGO.- (*Confundido.*) Nunca pensé que pudierais recordarlo.

ANA.- Cometisteis con una persona real la más grave falta. Sabéis que no se nos puede tocar... He pensado a veces si no lo haríais como una protesta de hombre que no se tiene por inferior a nadie.

SANTIAGO.- Lo hice porque amo a los niños.

ANA.- (*Con dulzura.*) Olvidad también ahora quién soy: sigo siendo una niña que no sabe de nada. A los niños se les miente siempre en Palacio. Pero yo quiero saber. 'Yo quiero saber! y recurro a vos.

SANTIAGO.- Vuestra alteza me ha honrado a menu-do con sus preguntas.

ANA.- Hoy le haré otra a mi amigo de entonces. Porque sé que es el hombre más discreto de Palacio. Y estoy por decir que el más bueno también. ¿Contestaréis sin mentir a lo que os pregunte?

SANTIAGO.- Ignoro si podré hacerlo...

ANA.- ¡Sin mentir, Don Diego! ¡Ya hay bastantes mentiras en la Corte! Tratad de comprenderme.

SANTIAGO.- Creo comprender... Responderé sin mentir.

ANA.- Sabéis que ando sola a menudo por Palacio. Mi padre me riñe, pero algo me dice que debo hacerlo... La verdad de la vida no puede estar en el protocolo... A veces, creo entreverla en la ternura sencilla de una lavandera, o en el aire cansado de un centinela... Sorprendo unas palabras que hablan de que el niño está con calentura o de que este año la cosecha vendrá buena, y se me abre un mundo... que no es el mío. Pero me ven y callan. Ayer... escuché a dos veteranos de la guardia. Yo ya sospechaba algo, mas no sé si serán infundios que corren... Vos no me engañaréis.

SANTIAGO.- Decid.

ANA.- ¿Es cierto que mi padre ha tenido más de treinta hijos naturales?

SANTIAGO.- Todo esto puede ser muy peligroso... para los dos.

ANA.- Yo soy valiente. ¿Y vos?

SANTIAGO.- No siempre. (*Recoge la paleta y el tiento y va a dejarlos al bufete.*)

ANA.- (*Con ansiedad.*) ¿Os negáis a responder?

SANTIAGO.- ¿Cómo hablarle de estas cosas a una niña?

ANA.- Voy a ser la reina de Francia.

SANTIAGO.- Tenéis dieciocho años. Yo, cincuenta y siete. Si se supiese que os decía la verdad, nadie comprendería... La verdad es una carga terrible: cuesta quedarse solo. Y en la Corte, nadie, ¿lo oís? nadie pregunta para que le digan la verdad.

ANA.- Yo quiero la verdad.

SANTIAGO.- Quizá elegís lo peor. Vuestro linaje no os permitirá encontrarla casi nunca aunque tengáis los ojos abiertos. Os los volverán a cerrar... Terminaréis por adormeceros de nuevo, fatigada de buscar... Acaso entonces me maldigáis, si tenéis el valor de recordarme.

ANA.- ¡Ayudadme, don Diego! ¡Me ahogo en la Corte y solo confío en vos! Mi padre siempre me dice: id con vuestras meninas, id con la reina... Por veces pienso si estoy enferma... Soy tan moza o más que ellas y me parecen niñas... Y mi padre... un niño también. Solo vos me parecéis... un hombre. ¿No me hablaréis con verdad?

SANTIAGO.- Lo que me preguntáis es cierto.

(Silencio)

ANA.- ¿No es posible la fidelidad?

SANTIAGO.- Pocas veces.

ANA.- ¿Tan despreciable es el hombre?

SANTIAGO.- Es... imperfecto.

ANA.- Vos sois fiel.

SANTIAGO.- ¿Eso creéis?

ANA.- Se sabe. Estoy segura.

SANTIAGO.- Hay que aprender a perdonar flaquezas. Todos las tenemos.

ANA.- Sé que vivo en un mundo de pecadores. ¡Es la mentira lo que me cuesta perdonar! Cuando paso ante el retrato del rey Luis, suelo chancearme. “Saludo a mi prometido”, digo, y mis damas ríen... pero yo pienso: ¡Qué me espera? Dicen que es un gran monarca. Quizá sea otro saco repleto de engaños y de infidelidad. Acercaos más. También yo quiero romper la etiqueta ahora que estamos solos. (*Le toma una mano.*) Os doy las gracias. Ojalá el rey Luis... se os parezca.

SANTIAGO.- En *Las Meninas*, además, demostró algo de lo mucho que sabía de pintura. Habla de un asunto que ve en los cuadros de Velázquez, una cuestión técnica, y lo repite cuarenta años después en su última obra, en *Misión al pueblo desierto*. Velázquez y Goya le ocuparon mucho toda su vida. Aunque tuvo más favoritos, como Vermeer. Mañana te llevo al Prado.

ANA.- Vale.

SANTIAGO.- *Las Meninas* es que la vi cuando cumplí catorce años y me enganché a Buero Vallejo. Primero en los Estudio 1. Luego en el teatro. Creo que he visto todas las que se han hecho desde *Caimán* en adelante.

ANA.- Entonces dirías que es la mejor.

SANTIAGO.- Es mi favorita, por eso, por aquel Estudio 1 de mis catorce años. Cada uno tiene una obra favorita de Buero. Una que tiene que ver con algo de su vida. Hace poco vi una entrevista a José Sacristán, que decía... Sacristán sí te suena.

ANA.- Ya te vale.

SANTIAGO.- No, es que no sé... Pues Sacristán se acordaba de cuando volvió de la mili y hacía algo de teatro aficionado en una sala de ensayos que había en lo alto del Teatro Español. Que todas las tardes, cuando llegaba al ensayo, oía la voz de Carlos Lemos en *Un soñador para un pueblo*...

MÚSICO.- Le felicito, duque... Los madrileños vuelven por sus fueros; impunidad, insania y basura.

ANA como Fernandita y SANTIAGO como Esquilache.

El MÚSICO apunta algunas frases de La Primavera de Vivaldi.

³Fernandita entra con un servicio de chocolate, azorada, hace una genuflexión. Esquilache está triste, turbado. Al fin se vuelve y ella, nerviosa, vuelve a inclinarse

SANTIAGO.- ¿De modo que te llamas Fernandita?

ANA.- Para servir a su excelencia. Si su excelencia quiere que le llene una jícara... Está muy calentito.

SANTIAGO.- ¿Eh? Sí.

ANA.- Me informé en la cocina y le he traído a su excelencia los bizcochos que prefiere... Señor marqués, ¿qué le pasa? ¿Señor marqués!

SANTIAGO.- No, no... Es un dolor que a veces me toma el costado... Ya pasará

ANA.- ¿Quiere que baje en un vuelo? Yo sé buenos

3 © Fragmento de *Un soñador para el pueblo*, Herederos de Antonio Buero Vallejo, 2000.

remedios... puedo prepararle ruibarbo, o cristal
tártaro... Es el estómago?

SANTIAGO.- Ya... se pasa...

ANA.- Para mí que es el estómago... Es que su
excelencia tiene demasiadas preocupaciones y le
duelen los nervios. ¡Entonces, láudano” (*Corre ha-
cia la puerta.*)

SANTIAGO.- ¡Quieta, criatura! (*Bebe un poco de
chocolate.*) esto me caerá mejor. (*Sonríe.*) Pero sin
mojar... Solo una tacita. ¿Sabes que eres muy in-
teligente?

ANA.- ¡Qué va, excelencia!

SANTIAGO.- ¡Sicuro! los médicos se han empeñado
en que vigile mis digestiones, pero saben menos
que tú.

ANA.- Ruego a su excelencia que me perdone.

SANTIAGO.- Al contrario, hija. Sé siempre natural.
Yo tengo fama de tener malos modales, pero es
que me harta la etiqueta... ¿Qué le pasa a mi re-
postero?

ANA.- Que es un tragón y tiene un empacho de las
comilonas que se atiza... ¡Ya le he dado yo una
purga

SANTIAGO.- Tu chocolate es más suave...

ANA.- Es que yo tengo mi receta. ¿Le sirvo otra
jícara?

SANTIAGO.- No, gracias. ¿Qué piensas?

ANA.- Nada, excelencia.

SANTIAGO.- (*Ríe.*) Eso no es posible. Dime qué pensabas, pero con sinceridad ¿Eh?

ANA.- Pues que el señor marqués debiera estar alegre y orgulloso de tantas cosas buenas que nos ha dado a los madrileños.

La fisonomía de Esquilache se endurece instantáneamente.

SANTIAGO.- ¿También dominas la lisonja cortesana?

ANA.- No era lisonja, excelencia.

SANTIAGO.- ¿Y qué cosas buenas son esas, según tú?

ANA.- ¡Ah, pues muchísimas! Madrid es otra cosa desde hace seis años. ¡Antes era una basura! y un poblachón. Apeataba. Y a mí me gusta la limpieza.

SANTIAGO.- No lo digas muy alto... No está de moda. ¿Eres madrileña?

ANA.- Sí, excelencia. Pero aunque fuese toledana. Toledana era mi madre.

SANTIAGO.- ¿Era?

ANA.- Murió de aquellas fiebres que se llevaron a tanta gente en Madrid. Decían que si los aires... Pero aquello lo trajo la suciedad, seguro. Desde que su excelencia mandó limpiar, está la gente mucho más sana y con mejores colores. Antes estaban... ¡verdes!

SANTIAGO.- Y tu padre, ¿vive?

ANA.- Había muerto ya. Lo mató un embozado. Nadie supo quién era, pero yo sí. Era muy pequeña, pero ya me daba cuenta de todo... Lo mató él, seguro.

SANTIAGO.- ¿Quién es él?

ANA.- Era... También se lo llevó Pateta cuando la peste, y muy bien llevado. Era un chispero que perseguía a mi madre. a mí me recogió mi madrina, que es bordadora, y me recomendó a la señora marquesa.

SANTIAGO.- ¿Has oído tú algo de un bando que voy a lanzar?

ANA.- No, excelencia

SANTIAGO.- Pues se comenta.

El MÚSICO recupera a Vivaldi para cerrar la escena.

ANA.- Esquilache, Velázquez, Goya, Larra... rebeldes. Las obras de Buero están llenas de rebeldes, como ese ciego que no quiere ver, como el otro ciego que no quiere hacer el ridículo tocando con orejas de burro...

SANTIAGO.- Esa es una de las mejores.

ANA.- Una de las cosas que tengo que contestar es cuál me parece que es la más importante.

SANTIAGO.- Así, sin haberlas leído...

ANA.- Con lo que he visto aquí, con lo que sé. Si en Bachillerato nos hacen leer *El tragaluz* será por algo. He leído que además tuvo más de quinientas funciones.

SANTIAGO.- Esa es muy importante porque es la primera vez que se menciona de forma clara la Guerra Civil. De eso no se hablaba ni en las casas. Y ya era 1966, hacía treinta

años de eso que llamaron el alzamiento. Yo creo... claro, tú lo que quieres es que yo te lo diga.

ANA.- Ana.- Tu opinión.

SANTIAGO.- Ya te veo.

ANA.- También he pensado que las más importantes pueden ser las que se han vuelto a hacer: San Ovidio, *El sueño de la razón*, La escalera y una que se llama *La Fundación*.

SANTIAGO.- *Las Meninas* es mi favorita por lo que te he contado, pero puede que la más importante fuera *La Fundación*. Es que llegó en un momento muy especial. Se estrenó en enero del 74 y estaban pasando cosas en España. Había mucha contestación pero también mucha mano dura, como decían. En plenos ensayos de la obra, el 20 de diciembre, fue cuando la ETA mató a Carrero Blanco, que era el presidente de gobierno. El treinta de diciembre salieron las condenas a los de Comisiones Obreras, algunas de veinte años de cárcel. Y seguía habiendo pena de muerte. En marzo del 74, con la obra todavía en cartel, mataron a un chico anarquista, y todavía fusilarían a cinco hombres al año siguiente.

ANA.- Pues no estaba la cosa...

SANTIAGO.- Era el momento. Un escritor tiene que intuir lo que necesita oír el público. Y Buero escribe una historia de un grupo de condenados a muerte. Además, usaba un recurso que ya había probado en otras y que llamó mucho la atención. Uno de los presos tiene una alucinación, se niega a ver que está en una celda y cree que está en una fundación cultural, y nosotros vemos lo que él ve, y con él vamos conociendo la realidad. Pues eso, que era el momento. Que la obra recibió un aplauso impresionante y en un momento en que ese aplauso iba bajando de volumen, alguien gritó: "Gracias, Buero".

ANA.- O sea, que era una obra para ese momento.

SANTIAGO.- No, era una obra de las que siguen vivas. Podría representarse mañana y pensarías que está recién escrita.

El MÚSICO toca unas notas de adagio, las de clarinete y flauta de justo antes de la cabalgada, de la obertura de Guillermo Tell de Rossini. Sobre ellas, la voz de SANTIAGO.

⁴SANTIAGO.- Poco importan nuestros casos particulares. Ya te acordarás del tuyo, pero eso es lo de menos. Vivimos en un mundo civilizado al que le sigue pareciendo el más embriagador deporte la viejísima práctica de las matanzas. Te degüellan por combatir la injusticia establecida, por pertenecer a una raza detestada; acaban contigo por hambre si eres prisionero de guerra, o te fusilan por supuestos intentos de sublevación; te condenan tribunales secretos por el delito de resistir en tu propia nación invadida... Te ahorcan porque no sonríes a quien ordena sonrisas, o porque tu Dios no es el suyo, o porque tu ateísmo no es el suyo... A lo largo del tiempo, ríos de sangre. Millones de hombres y mujeres...

ANA.- ¿Mujeres?

SANTIAGO.- Y niños... Los niños también pagan. Los hemos quemado ahogando sus lágrimas, sus horrorizadas llamadas a sus madres, durante cuarenta siglos. Ayer los devoraba el dios Moloch en el brasero de su vientre; hoy los corroe el napalm. Y los supervivientes tampoco pueden felicitarse:

4 © Fragmento de *La Fundación*, Herederos de Antonio Buero Vallejo, 2000.

niños cojos, mancos, ciegos... A eso les hemos destinado sus padres... (*Corto silencio.*) ¿Habré de recordarte dónde estamos y con cuál de estas matanzas nos enfrentamos nosotros? No. Tú lo recordarás.

ANA.- (*Sombría.*) Ya lo recuerdo.

SANTIAGO.- Entonces, ya lo sabes... (*Baja la voz.*) Esta vez nos ha tocado ser víctimas, mi pobre Tomás. Pero te voy a decir algo... Lo prefiero. Si salvase la vida, tal vez un día me tocase el papel de verdugo.

ANA.- Entonces, ¿ya no quieres vivir?

SANTIAGO.- ¡Debemos vivir! Para terminar con todas las atrocidades y todos los atropellos. ¡Con todos! Pero... en tantos años terribles he visto lo difícil que es. Es la lucha peor: la lucha contra uno mismo. Combatientes juramentados a ejercer una violencia sin crueldad... e incapaces de separarlas, porque el enemigo tampoco las separa. Por eso a veces me posee una extraña calma. Casi una alegría. La de terminar como víctima. Y es que estoy fatigado.

Silencio.

SANTIAGO.- Sabía muy bien de lo que hablaban sus personajes. Estuvo ocho meses condenado a muerte. Cada noche, esperando a oír su nombre entre los que iban a matar.

ANA.- Son doscientas cuarenta noches. Pensando que cada una sería la última. Eso no se puede soportar.

SANTIAGO.- No imaginamos lo que somos capaces de soportar. Al cabo de ocho meses le cambiaron la condena

a muerte por la de treinta años, como a muchos. Y en el 45, cuando Hitler perdió la guerra, lo dejaron en libertad vigilada, como a muchos.

ANA.- Lo sorprendente es que con ese panorama le dejasen ganar aquel concurso.

SANTIAGO.- El director del Español era gente honrada. En esos premios el nombre va en un sobre. Creo que en el Ayuntamiento los conservan. Un amigo funcionario me contó que tuvo en las manos un sobre cerrado con el título *Escuadra hacia la muerte*.

ANA.- De Sastre. Esa también la tenemos que leer.

SANTIAGO.- Pues ya ves. Por cierto, que el que dirigió esa primera de Sastre fue el mismo que dirigió la última de Buero, su amigo Pérez Puig. *Misión al pueblo desierto*. Si le preguntasen a Buero, tal vez habría dicho que esta última. Es casi un resumen de cosas que había probado. Es muy buena, y de todas las que se han hecho que tienen que ver con la Guerra, puede que sea la mejor.

MÚSICO - (*Canción popular* Puente de los franceses)
Madrid que bien resistes
Madrid qué bien resistes
Madrid que bien resistes, mamita mía, los bombardeos...

Escena de Misión al pueblo desierto.

⁵ANA.- ¿Qué opinas de las pinturas de este amigo, Damián?

MÚSICO.- Desde luego, no son Grecos.

SANTIAGO.- Ni lo pretendo.

ANA.- Hay dos entre ellos que me han intrigado mucho. Esos que tienen figuras duplicadas y mez-

⁵ © Fragmento de *Misión al pueblo desierto*, Herederos de Antonio Buero Vallejo, 2000.

cladas. ¿Qué son?

SANTIAGO.- No es ningún estilo. Pero no voy a defenderlos. Son fracasos. A tu amigo no le gustan, seguramente. A mí tampoco, porque son erróneos. Habrás notado que la factura pretende ser muy realista.

ANA.- Solo en el centro del cuadro. Los desdoblamientos son más bien laterales. Y tanto más separados entre sí cuanto más laterales son. No sé si entiendo...

SANTIAGO.- ¡Sí que entiendes! Así es como vemos, aunque no nos demos cuenta.

ANA.- ¿Qué?

SANTIAGO.- Por los dos ojos. Y solo nos fijamos en las imágenes enfocadas. Al mirar aquí o allá, cambiamos el enfoque, lo que nos da la sensación de relieve.

ANA.- Sé que es así como vemos. Pero, ¿para qué esa visión momentánea?

SANTIAGO.- Porque soy tonto. Pensé que podríamos facilitar la sensación de hueco y de relieve mirando únicamente al centro del cuadro, pero los desdoblamientos laterales y sus mezclas son muy difíciles de reproducir con exactitud y si no movemos los ojos al mirar de nuevo la obra, no notaríamos ni el hueco ni el relieve real.

ANA.- O sea que sin algún movimiento de los ojos no se obtiene el relieve...

SANTIAGO.- No. Incluso lo notamos mejor en pin-

turas que no desdoblan las figuras...

ANA.- Como Las Meninas...

SANTIAGO.- Exacto, porque Velázquez intuyó lo que pasaba, pero quería hacer pintura inteligible y ablandó con mano maestra unos contornos más que otros y precisó más ciertos puntos de enfoque.

ANA.- Es asombroso.

SANTIAGO.- La ciencia obtendrá quizá en el futuro buenas fotos en relieve y no mi torpe tentativa... Pero la pintura es menos y más que eso.

ANA.- Como el Greco. No es un fracaso, Plácido, sino algo más grande...

SANTIAGO.- No. Fue un disparate, me equivoqué.

Silencio.

ANA.- Tú no te quedaste en este pueblo solo para decirnos dónde habías escondido el Greco... ¿Verdad?

SANTIAGO.- ¿No me creerás tú también del otro bando?

ANA.- No. Dijiste que te habías quedado por otras cosas. No sé... ¿quizá... para refugiarte en el zarzal, de las atrocidades de la guerra? Aquí, sin gente, era como si no la hubiese... y sí, en cambio, como una rara calma, es este aire tranquilo, en este silencio... ¿es eso? ¿O solo digo tonterías?

SANTIAGO.- Mi mujer y yo estábamos muy acostumbrados a este pueblo. Nos gustaba mucho...

ANA.- ¿Tu mujer?

SANTIAGO.- Murió hace tres años. Era animosa pero estaba enferma. Este aire tranquilo nos inspiraba a los dos... pero no llegó a curar sus pulmones. A veces, al respirarlo, me recuerda su aroma. También por eso vacilaba en marcharme de aquí. Tendré que hacerlo...

ANA.- Cuando termine la guerra yo podría venir a visitarte como una veraneante cualquiera para comprobar que tú habías sabido sobrevivir... y para encargarte acaso un retrato...

El MÚSICO vuelve a apuntar unas notas, tal vez en un tempo lento, de Puente de los franceses.

SANTIAGO.- Ese pintor lo hizo Manolo Galiana. Era emocionante lo que hacía Buero en esos últimos estrenos, era como un signo de respeto por su oficio, salir a saludar, aunque apenas podía tenerse de pie. Se corrió la voz de que los sábados iba al teatro y salía a saludar. Es impresionante ver un teatro lleno con todo el mundo de pie aplaudiendo. Tendríamos que irnos ya. He quedado con mi papá para dar una vuelta.

ANA.- Vamos.

SANTIAGO.- Anda, dale unas monedas a ese chico.

SANTIAGO sale. ANA le deja unas monedas al MÚSICO.

Luego abre su móvil, para dejarse unas notas.

ANA.- Para el título, acordarme de esta frase: “Gracias, Buero”.

ANA sale. El MÚSICO se queda tocando el Concierto de navidad de Corelli.



Comunidad
de Madrid